

ron ninguna de las formalidades religiosas ni militares, impuestas á los magistrados para entrar en el ejercicio de su cargo. Así pues, el partido que pretendía combatir en representación y defensa de las leyes, empezaba por violar todas las leyes.

Si el cuadro que acabamos de trazar de la situación interior de Roma es verídico, la ambición de César era legítima, y su victoria tan apetecible como segura, porque tenía la fuerza para vencer, como tenía genio para aprovechar la victoria y dar el reposo de que todos tenían necesidad. La humanidad avanza, según los tiempos, así por la autoridad de uno solo, como por la libertad de todos. Pero no se trataba de sacrificar la libertad. ¿Dónde estaba la libertad en medio de aquellas saturnales que de tanto tiempo atrás hacían de la vida del pueblo romano la más trágica de todas las historias? ¿Dónde estaba la libertad de aquel gran cuerpo de las naciones latinas, que en vez de marchar hacia el porvenir con paso reposado y seguro, se agitaba en violentas convulsiones sin adelantar un paso? Y ¡cosa extraña! en nuestro siglo de democracia y de golpes de Estado en las calles ó en los palacios, se está por la facción de los grandes contra el jefe popular, por los herederos de Sila contra el sucesor de los Gracos, por la revolución que se hacía en Roma en interés de algunos, contra la que al pasar el Rubicón se hizo en provecho del mayor número (1). Todos se

dejan engañar por el falso rótulo de república romana puesto en los monumentos y que todavía se leerá en los estandartes de los soldados de Probo.

Sin duda el hombre que acababa de prestar á Roma el inmenso servicio de poner á sus pies aquella raza gala tan brava y belicosa y terrible, y de rechazar la invasión germánica, que había de mantenerse á raya por espacio de tres siglos; aquel hombre iba á violar la ley que prohibía á los procónsules salir en armas de sus provincias; pero ¿no se violaban también las leyes contra él? Y después de la declaración de guerra de los cónsules ¿había leyes aun tampoco?

Verdaderamente se pide mucho á la naturaleza humana, cuando se supone que le era posible al glorioso general, á buen seguro proscrito de Roma (2) si entraba en la ciudad sin el escudo de un cargo público, entregarse á discreción de nobles intrigantes ó de Epiménides que habían estado durmiendo mucho tiempo. No se quiere ver que los que pretendían salvar la libertad no iban sino á poner en cobro los intereses oligárquicos.

Cuatro palabras resumen la cuestión de legalidad: los grandes encendían la guerra civil por hacer ejecutar su senadoconsulto ilegal del 7 de enero del 49; y César, por su parte, aceptaba esta guerra para defender el plebiscito sobe-rano del año 52.

## CAPÍTULO LVI

### LA GUERRA CIVIL Y LA DICTADURA DE CÉSAR HASTA LA MUERTE DE POMPEYO

#### I. — PROGRESOS DE LA IDEA MONÁRQUICA.

«Ya en su rápida marcha había pasado César los helados Alpes, meditando en sus pensamientos las violentas conmociones de la guerra próxima, y tocaba á las márgenes del Rubicón (3), barrera estrecha y última, cuando la luctuosa sombra de la patria surgió ante él. Su faz brillaba en medio de la oscura noche, á pesar de la profunda tristeza que la velaba. De su frente coronada de torres caían en desorden sus largos cabellos; y de pie, y con los brazos desnudos, y los ojos arrasados de lágrimas, y la garganta llena de sollozos, le dijo estas palabras: «¿Adónde vas? ¿Adónde llevas tus armas y estandartes? Si el derecho te asiste,

(1) Esta preocupación data de muy lejos: los parlamentarios y los letrados del siglo XVII la conservaban aun en plena monarquía absoluta; y Guy de Patin decía á un primer presidente que si él hubiera estado presente en el senado cuando mataron á César, le habría dado la 24.ª puñalada. Es una opinión literaria de que participaron todos los ciceronianos á ejemplo de su maestro y de que participan aun muchos de ellos.

(2) Catón decía en alta voz que él se encargaría de la ejecución y se prometía á César la suerte de Milón (Suetonio, *Jul. Cesar* 30).

(3) El Rubicón es muy probablemente el *Fiumicino de Savignano*, torrente de aguas rojizas á 12 millas al Norte de Rimini y formado por la reunión de tres riachuelos del Apenino. En cuanto al paso del famoso torrente, Plutarco dice simplemente que la víspera afectó César invertir el día en ver combatir gladiadores, mientras que sus soldados, sin bagajes, desfilaban secretamente para Ariminum. Llegada la noche, cenó con algunos convidados, y al cabo de unos momentos salió rogándoles que lo esperaran. Luego al punto subió á un carro de alquiler, tomó al principio otro camino distinto del que quería seguir y después torció hacia Ariminum, adonde llegó antes de amanecer. Estos pormenores no permiten aceptar la leyenda del Rubicón, tan grata á poetas y retóricos. César tampoco estaba para tales vacilaciones, acometida ya la empresa; en cuanto al crimen, si lo había, estaba ya cometido, puesto que sus soldados lo habían ya precedido.

si eres buen ciudadano, detente: más allá de este límite comienza el crimen (4).»

¡El crimen! No, sino una revolución necesaria que ocultaban á los ojos de Lucano las épicas ilusiones con que se consolaba en la corte de Nerón. No fué, en efecto, el favor del pueblo lo que hizo de César el amo de Roma, ni su ejército ni su genio; la causa primera, irresistible, fué la necesidad que el imperio tenía de un gobierno firme y regular.

Todo tendía á la monarquía, que la pérdida de la igualdad, la desorganización del imperio y los votos de las clases tranquilas hacían inevitable. ¿Qué habían sido el tribunal de Cayo, los consulados de Mario y de Cinna, la dictadura de Sila, los mandos de Pompeyo sino otras tantas monarquías temporales? En el espacio de un siglo, había adelantado mucho esta idea y atraído muchos espíritus, aun entre los más elevados. Aquella paz que Lucrecio pide (5); aquella nueva sabiduría que aconseja huir de la vida pública y de sus peligrosas seducciones; aquel reposo que busca Atico en el alejamiento de los negocios y la amistad de todos los rivales (6), las incertidumbres mismas

(4) Lucano, *Pharsalia*, I, 183.

(5) *Placidam pacem* (I, 41). La filosofía de Epicuro había hecho en Roma grandes progresos. En la cuestión entre la libertad y la tiranía, se decidía por la última, siendo los hombres demasiado insensatos y malos para que el sabio se exponga al peligro con la mira de salvarlos (Plut. *Brutus*, 12). El epicureísmo era verdaderamente una doctrina de aislamiento. «Epicuro, dice Plutarco, ponía el bien supremo en un profundo reposo, como en un puerto á cubierto de todas las tempestades del mundo;» y Lucrecio en su poema, así se preocupa de liberar al hombre de la ambición de los honores y de la gloria, como de sustraerlo al yugo de la superstición. El colmo de la sabiduría es para él llegar á la paz del alma.

(6) Atico fué á la vez, ó alternativamente, amigo de Cicerón y de

de Cicerón, ¿no son indicios del disgusto inspirado por la desoladora anarquía que se llamaba república romana? «La república, decía Curión, pero abandonad esa vana quimera.» «Uníos á nosotros, escribía á Cicerón su yerno Dolabela; uníos á César, pues ir en pos de no sé qué vieja república es correr tras vana sombra.» Eran también las palabras de César; nombre vano, sombra sin cuerpo. Si los arúspices consultados el 56 sobre prodigios que espantaban al pueblo, hubieran contestado que la república estaba amenazada de caer en poder de uno solo, este presagio les habría sido revelado, no por las entrañas de las víctimas ni por el vuelo de los pájaros, sino por la opinión pública, cuyo eco inconsciente hubieran sido. El mismo Cicerón decía: «¿Qué entendéis por los hombres del buen partido? Yo no los conozco. ¿Son los senadores, que dejan las provincias sin administración y no se han atrevido á hacer frente á Curión? ¿Son los caballeros, cuyo patriotismo ha sido siempre vacilante y cuya amistad halaga ahora á César? ¿Son los comerciantes y campesinos que no quieren más que vivir en reposo bajo cualquier régimen, aunque sea el monárquico? César está ahora al frente de once legiones y tanta caballería como quiera. Tiene á su favor la Traspadana, el pueblo de Roma, la mayoría de los tribunos, toda la juventud licenciosa, el ascendiente de su nombre y su increíble audacia.»

Plutarco, que tenía á la vista documentos que se han perdido, escribe por su parte: «Veíanse candidatos poner mesas en el Campo de Marte y comprar sin pudor los sufragios, mientras otros llevaban gente armada que con flechas, piedras y espadas ahuyentaban á sus adversarios. Más de una vez fué manchada de sangre la tribuna, y la ciudad iba en la anarquía, como va en la anarquía un barco sin timón. Así, los sabios deseaban que aquella demencia no engendrara nada peor que la monarquía y se resignaban á ello.—La república es incurable, decían también: no hay otro remedio que la monarquía; y hay que pedir este remedio al médico más prudente.»

Los que buscaban para la enferma el médico más blando y barato querían designar á Pompeyo (1); de modo que este personaje llegaba suavemente á su objeto: los cónsules abdicaban en sus manos; que derribe á César, es el último obstáculo, y él está en conseguirlo sin dificultad. Ni siquiera cree que sean necesarios largos preparativos: en Ravena (2) no tiene César más que una legión; ni prueban más que debilidad y temor sus perseverantes negociaciones.

#### II. — PASO DEL RUBICÓN. — CÉSAR TOMA POSESIÓN DE ROMA Y DE ITALIA (49).

Pero de pronto se sabe que César ha pasado el Rubicón, límite de su provincia, y tomado la plaza de Ariminum,

Clodio, del joven Mario y de Sila, de César y de Pompeyo, de Bruto y de Antonio, y finalmente de Augusto, que hizo entrar á su nieta en la casa imperial.

(1) Todo estaba preparado de larga fecha para dar á Pompeyo los medios de derribar á César: la especie de dictadura que había ejercido en Roma, donde fué cónsul, conservando, con violación de las leyes, el proconsulado de España, el ejército que mandaba en Italia, las siete legiones de España absolutamente inútiles en aquella provincia pacificada, la inmensa flota de que disponía como intendente de los víveres, los mil talentos que podía tomar del tesoro todos los años, aquella ley sobre las magistraturas que sustituía el orden antiguo con un nuevo orden, únicamente destinado á impedir el consulado de César... *omnia contra se (Cesarum) parari; in se novi generis imperia constitui... in se jura magistratum commutari*, etc. *Ces. de Bello civ.* I, 85.

(2) Ravena está á unas cien leguas de Roma. El paso del Rubicón debió de ser el 12 de enero del 49, correspondiendo al 24 noviembre del 50. Si se calculara por el número de 60 días dado por Plutarco

donde ha presentado á su ejército los tribunos fugitivos vestidos de esclavos; que todas sus fuerzas están en movimiento, arrastrando consigo á la Galia que le promete diez mil infantes y seis mil jinetes; que sus legionarios, lejos de vacilar, están llenos de ardor y le hacen crédito de su paga, mientras cada centurión le da un jinete; en fin, que todas las ciudades le abren sus puertas y que avanza rápidamente por la vía Flaminia, acogido en todas partes con entusiasmo.

«¿Dónde está tu ejército?» pregunta Volcacio á Pompeyo? — «Hierre con el pie la tierra para que surjan legiones,» le dice irónicamente Favonio. Y el supuesto grande hombre se vió reducido á confesar que no podía defender á Roma. En tal conflicto, procuró sustraerse al primer ímpetu de César deteniéndolo con una fingida negociación de que encargó á un pariente del procónsul y al pretor Roscio. César mantuvo las condiciones contenidas en su carta al senado y expresó el deseo de tener una entrevista con Pompeyo. A su vuelta hicieron de su moderación los diputados el mayor elogio. Su exigencia de un desarme simultáneo parecía justa á todo el mundo (3); éralo en efecto, y la hacía él con toda sinceridad, porque sabía que si los dos generales desarmaban al mismo tiempo, siendo las elecciones libres, su consulado era seguro. Pompeyo lo sabía como él, y por eso quería la guerra. Impidió que se contestara al ultimatum de César y advirtió á los senadores y magistrados que debían retirarse á Capua. Y no era una simple advertencia, pues declaró que todo el que se quedara en Roma sería tratado como enemigo público. Así desde el principio de la campaña, dejaba á su adversario en posesión de la capital; ventaja inmensa en un Estado, donde la capital lo era aun todo.

La orden fué ejecutada, y se vió á los senadores, ayer tan orgullosos y amenazadores, huir á la desbandada ante una legión. En pocos momentos se cubrió la vía Apia de una multitud en desorden, menos irritada acaso contra el hombre que parecía ahuyentarla que contra el fatuo conquistador cuya orgullosa incuria no había preparado nada para defenderla. En Capua fué inmensa la confusión: se carecía de dinero, bien que se hubiera exigido á todas las ciudades y tomado de todos los templos; se carecía hasta de hombres, porque el temor reinaba en todas partes. En Roma, se vestía de luto y se ordenaban rogativas públicas como en las grandes calamidades. «En Italia eran difíciles las levas; los unos se negaban al servicio, los otros se presentaban de muy mala gana,» y Cicerón reconocía que su héroe era un general bastante malo.

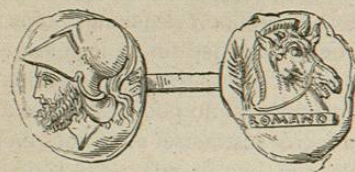
En la precipitación de su fuga los cónsules habían dejado en Roma el tesoro: Pompeyo quería que volvieran por él; pero se necesitaba un ejército para escoltarlo, y apenas bastaban las dos legiones de Capua para contener á los gladiadores que César mantenía en esta ciudad. Además, César avanzaba rápidamente precedido de esta declaración: «Vengo á librar al pueblo romano de una facción que lo oprime y á restablecer á sus tribunos en su dignidad.» Pissaurum (Pésaro), Ancona, Iguvium, Asculum, fueron tomadas de paso, ó más bien, abrieron sus puertas, expulsando las guarniciones pompeyanas.

Para producir en tiempo oportuno defecciones en su ejército se habían ofrecido las licencias á los soldados y hecho seductoras promesas á los jefes. Uno de estos últimos se dejó seducir, Labieno, el más reputado de sus tenientes. César había puesto en él toda su confianza, ha-

para la conquista de Italia, habría que retroceder hasta la noche del 15 al 16.

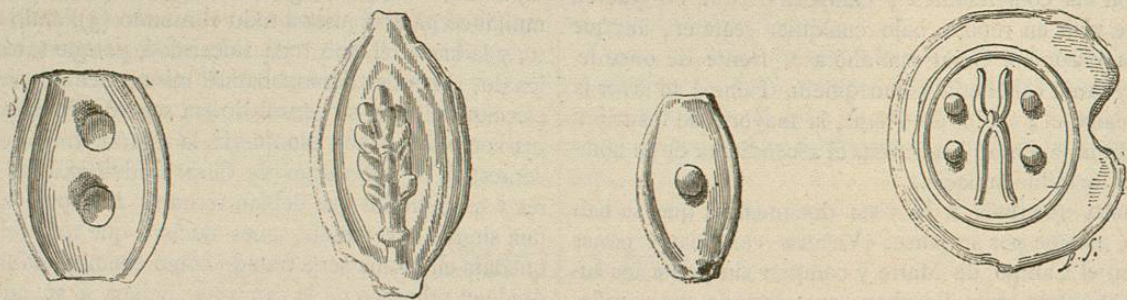
(3) Dion, XLI, 5.

biéndole encargado del mando de la Cisalpina, su puesto avanzado y su fortaleza, durante el año 50. Pero orgulloso de su gloria militar y de las riquezas que había adquirido, creía Labieno haber conquistado la Galia más bien que su caudillo. En vísperas de la guerra civil, calculó las probabilidades de triunfo de los dos partidos, y se imaginó que Pompeyo sería el vencedor: con esto al romperse las hosti-



Moneda de Capua (1)

lidades, se pasó á su partido. Fué un suceso que llenó de júbilo á los pompeyanos, los cuales creyeron que esta deserción sería la señal de la desbandada. Cicerón veía ya por tierra al nuevo Anibal; pero si el general desertó, ni un soldado lo siguió en su defección. César no se dignó siquiera retener los bagajes del traidor (2).



Monedas de Iguvium

ción, pero yo me guardaré mucho de tomarlo por modelo. Busquemos el éxito por otras vías y recomendemos nuestra causa por los beneficios y la clemencia.»

Hay que perdonar mucho al hombre que escribió esta noble carta, renunciando á las costumbres políticas de su tiempo enfrente de un partido, cuyos jefes hubieran hecho uso de la victoria de un modo muy distinto.

Pompeyo, al contrario, tomaba entono de rey y tenía siempre la amenaza en los labios, como todos los que lo rodeaban (3). «Hubiéranse creído otros tantos Silas.» Este reinado era hacia dos años su pensamiento secreto. «Si ha desertado de Roma, escribe Cicerón, no es que no haya podido defenderla; si ha abandonado á Italia, no es que la necesidad lo haya obligado: su único designio desde el principio era trastornar la tierra y los mares, sublevar á los reyes bárbaros y arrojar sobre Italia olas armadas de pueblos salvajes, reunir á sus órdenes innumerables soldados. Un poder á lo Sila, he aquí lo que anhela y todo lo que quieren los que lo rodean.» Así muchos se deslizaban secretamente y volvían á la ciudad.

Dos grandes caminos conducían de Roma á la Cisalpina, cruzando el uno el país de los etruscos y el otro el de los úmberos: César los cerró rápidamente apoderándose de las plazas fuertes de Arretium (Arezzo) en la *via Casia*, de Iguvium, Pisaurum y Ancona en la *via Flaminia*. La desafección al senado y su general era tanta, que el Piceno,

(1) Cabeza de Marte. Reverso, cabeza de caballo.

(2) Labieno se presentó á Pompeyo en Teano el 22 ó 24 de enero del 49 (Cic. *ad Fam.* XIV, 14).

(3) *Sermones minaci, inimicos optimatium, municipiorum hostis, meras proscriptioes, meros Sullas* (*ad Att.* IX, 11). *Sullaturit, proscripturit*, etc. Dion. XLI, 10. Esto haría alusión á los asesinatos de que habla el pseudo-Salustio (*Epist.* I, 4). La elocuencia de César, dice Hircio (*de Bello Afric.* 88), era en él un don natural, pero también un cálculo, *pro natura et pro instituto*.

Esta generosidad política, su benevolencia para con los prisioneros, á quienes dejaba en libertad de entrar en sus filas ó volver á las de Pompeyo, y la disciplina observada por sus soldados hicieron vacilar el celo de muchos adversarios. Desde el principio había dicho estas palabras de gran intención política: «El que no está contra mí, está conmigo,» á diferencia de Pompeyo que declaraba enemigos á los que no se pronunciaban por él. César atraía así á su causa á los indiferentes y á los tímidos, que son siempre los más numerosos; granjébase también la buena voluntad de los espíritus rectos dirigiendo á todas las ciudades de Italia mensajes en que conjuraba á Pompeyo á someter la cuestión á juicio de árbitros. Citábase sus cartas á Opio y á Balbo. «Sí, haré uso de toda mi benevolencia y todo lo haré por atraer á Pompeyo. Intentemos este medio de ganar los corazones y consolidar la victoria: el terror no consiguió más que hacer odiosos á mis predecesores, sin sostener á nadie. Sila fué una excep-

donde Pompeyo tenía sus dominios hereditarios é innumerables clientes, no hizo ninguna resistencia. Las ciudades expulsaban las guarniciones pompeyanas y abrían sus puertas á César. Asculo lo hizo dueño de la *via Salaria*, salida de la Sabina sobre Roma; Cingoli, que se le entregó, á pesar de los beneficios de que Labieno la había colmado, lo puso en posesión del valle del Velino, por donde se bajaba á los



Moneda de Pisaurum (Pésaro)

del Anio y del Tíber. Todas las avenidas de la capital estaban pues en sus manos: el Apenino lo cubría contra las tropas que salieran de la ciudad, y en la vertiente occidental de la cadena ocupaba dos puntos por donde podía tomar la ofensiva, ya en la Etruria, ya en el Lacio.

Pero Pompeyo no tenía ejército en Roma: refugiado en la Campania, muy pronto se creyó allí mal seguro y hubo de retroceder hasta Luceria. Esta marcha revelaba el designio de pasar la mar y llevar la guerra á las provincias orientales, donde los senadores verían á Pompeyo rodeado de un cortejo de reyes. Allí había, en efecto, para él grandes recursos; él á lo menos creía poder contar con la abnegación de las ciudades y los príncipes, desde el Adriático

hasta el Eufrates, y desde el Danubio hasta las cataratas de Siena, desde la Cirenaica hasta el fondo de España, que gobernaban sus lugartenientes. En fin, la inmensa flota que había preparado durante su intendencia de víveres, unía todas estas provincias y le daba el imperio indisputable del mar.

Cicerón lo vitupera por haber abandonado la Italia, y la posteridad hace lo que Cicerón, que no era un gran general. Pero habiendo cometido la falta de despreciar á su adversario, lo que le impidió formar en Italia, antes de entrar en campaña, un ejército respetable, y luego la de esperar las defecciones en masa, cuando sólo ocurrió una, no podía ya con sus reclutas disputar la ciudad eterna á antiguas legiones acostumbradas á vencer en nueve campañas de guerra formidable. La retirada allende el Adriático era una necesidad militar, y acaso prevista de mucho tiempo atrás (1).

César comprendió este plan desde que Pompeyo se alejó de Capua, y al frente de dos legiones, veintidós cohortes de galos auxiliares y trescientos jinetes de Noricum (2), avanzó á marchas forzadas hacia el Mediodía para cortar á los fugitivos el camino de Brindis. La resistencia de Domicio en Corfinio lo detuvo siete días. Había en la plaza y sus cercanías treinta y una cohortes, senadores y caballeros; pero en aquel país, antiguo foco de la guerra social, los pueblos no estaban por combatir en favor de los herederos de Sila contra el sobrino de Mario. Las tropas de Domicio se amotinaron y le fué entregada á César la plaza con los inmensos almacenes que contenía.

Temíanse las crueldades ordinarias en tales casos, y para prevenir las respecto de su persona quiso Domicio envenenarse; pero el médico le suministró sólo un narcótico y pudo como los demás acogerse á la clemencia del vencedor, á quien seguramente ni él ni los suyos hubieran perdonado en caso idéntico. Cuando le pidieron la vida, contestó: «Tomadla pues; yo he salido de mi provincia para defenderme, no para vengarme.» Y los garantizó contra todo insulto de sus soldados, y hasta permitió que se llevaran sus riquezas, sin exigir siquiera el compromiso de no hacer armas contra él; noble imprudencia que le costó muchos hombres, tiempo y dinero. En efecto, algunas semanas después, procuraba Domicio sublevar contra César la Narbonense y comprometía su expedición, Pirineos allende, reteniendo tres de sus legiones bajo los muros de Marsella sublevada.

Esta inusitada clemencia produjo profunda sensación. «Con frecuencia, escribe Cicerón, parto con los habitantes de los municipios y de las aldeas. Su campo, su hogar, su pobre peculio: he aquí su único cuidado. Temen á aquel en quien antes confiaran; aman á aquel que les daba miedo antes.» Y añadamos que ahora los tranquiliza. Aquellos campesinos de Cicerón, que se cuidaban poco ó nada de política, pero mucho de sus intereses, son de todos los tiempos. Temblaban oyendo bramar por encima de sus cabezas la tempestad desencadenada por pasiones que no comprendían y hacían votos por aquel que parecía venir á traerles la tranquilidad, el reposo, la paz. El antiguo consular acabó por pensar como ellos; y llegó á desear que César llegara pronto á Brindis para que pudiera anticiparse á Pompeyo é imponerle la paz (3).

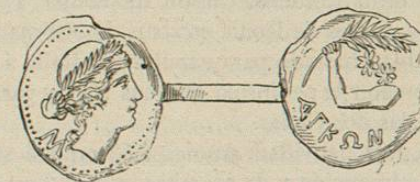
(1) *Hoc turpe* (fuga) *Cnaeus noster biennio ante cogitavit...* (Cic. *ad Att.* IX, 10).

(2) Estos auxiliares nóricos prueban que César había atraído á su causa los pueblos de la orilla derecha del alto Danubio establecidos al Norte de Iliria.

(3) Cic. *ad Att.* 14.

Esta paz era el deseo ardiente y sincero de César; en todas ocasiones repetía su pretensión, y á buen seguro que, sin el inmenso orgullo de Pompeyo, que no podía sufrir rivales, sin el violento odio de la oligarquía contra el próconsul popular, la paz se hubiera concluido fácilmente. Desde Ariminum, envió César á Pompeyo un mensaje, en que, recordando sus justas quejas, renovaba las muy aceptables condiciones que había ya propuesto y hemos nosotros de repetir como él. Se había querido abreviar la duración legal de su *imperium* y se le había negado el beneficio de la ley votada en su favor. Al ofrecimiento de licenciarse su ejército, si Pompeyo licenciaba también el suyo, se le había contestado reclutando otro ejército en Italia y reteniendo en Capua las dos legiones que se le habían sonado con pretexto de haber de enviarlas al Asia.

Todas estas disposiciones se habían tomado contra él. Pues bien, que Pompeyo parta para España y César licenciara sus tropas. Entonces las elecciones consulares se harán con toda libertad, y el senado y el pueblo habrán recobrado sus derechos. Si alguna mala inteligencia impide



Moneda de Ancona

aceptar desde luego estas proposiciones, abóquense los dos generales á una conferencia y se allanarán todas las dificultades (4).

Al saber estas condiciones fué inmensa la alegría en el ánimo de aquellos que se espantaban de la guerra civil, pero las tales condiciones habían llenado á Pompeyo de temor, porque sabía muy bien que si se tomaba al pueblo por juez, ganaría la causa su rival. Por eso dió una contestación evasiva, en que las palabras más claras ó menos equivocadas eran que el próconsul de las Galias debía volver á su provincia y que hasta que hubiera licenciado sus tropas, continuarían las levas en Italia. César no podía fiarse de estas nebulosidades amenazadoras (5), y continuó su marcha. Sin embargo, en el camino de Brindis, ante el mismo Brindis, pidió dos veces una entrevista. «Los cónsules están lejos de aquí, contestó Pompeyo, y no se puede tratar sin ellos.»

Aquellos ciegos, á quienes debiera haber abierto los ojos la perdición de Italia, no querían ver ni oír; huyendo y todo, soñaban victorias, asesinatos y proscripciones. El más pacífico y manso de todos, Cicerón, ha dejado escrito esto: «El asesinato de César sería una feliz solución» (6). Y Pompeyo no ponía en duda que hubiera de volver del Oriente, como Sila, dueño del mundo.

La resistencia de Corfinio hubo de trastornar los cálculos de César, como quiera que cuando apareció bajo los muros de Brindis, los cónsules y sus cinco legiones estaban

(4) *De Bello civ.* I, 9. Después de la toma de Corfinio, encargó á C. Balbo de ver á los senadores y asegurarles de su parte que deseaba la paz y decir particularmente á Cicerón que consentiría en reconocer la autoridad de Pompeyo, si estuviera cierto de obtener garantías para su vida: *Nihil malie Casarem quam príncipe Pompeio sine metu vivere* (*ad Att.* VIII, 9). ¿Crees tú esto? añade Cicerón; y como á él me es sospechosa tanta abnegación. Pero creo en el vivo deseo que tenía César por una paz que no podía dejar de favorecerlo.

(5) Pompeyo decía algunos días antes, como caudillo invencible, que estaba cierto de batir á César (Cic. *ad Att.* VII, 16).

(6) *Ibid.* IX, 10.

ya al otro lado del Adriático, en Dirraquio (Durazo). Pompeyo había dispuesto que partieran «temiendo que intentar algo en favor de la paz.» Y él mismo, que se había quedado en la ciudad con veintidós cohortes, sólo esperaba el arribo de su flota para embarcarse también. César entonces quiso envolverlo en la plaza por medio de grandes obras para cerrar el puerto; sino que antes de que se terminaran estos trabajos, arribó la flota consular y Pompeyo se puso en salvo (17 de marzo—25 de enero).

Durante estas operaciones en Italia, tres legiones galas, al mando de Fabio Máximo, habían ido a tomar posición en Narbona para impedir que los pompeyanos salieran de España, y las otras tres, que se habían acercado lentamente a los Alpes, podían acudir, según las circunstancias, bien contra los galos que se hubieran removido, bien en socorro de César en Italia ó de Fabio en la Narbonense. La línea de operaciones se extendía, pues, desde Brindis hasta el pie de los Pirineos, y César no tenía ya que temer que se le atacara por la espalda.

Al mismo tiempo, y sin ningún esfuerzo, se había apoderado Valerio de la Cerdeña, Curión de Sicilia (1), con lo cual los dos graneros de Roma estaban en sus manos. Sesenta días habían bastado para expulsar de Italia a los senatoriales, someter la península con sus islas y garantizar la seguridad de las dos Galias.

Esta prodigiosa actividad arranca a Cicerón a su pesar un grito de admiración y de asombro. «¡Ah! ¡horrible celeridad! Ese hombre es un prodigio de vigilancia.» Y su amigo Celio, que se había quedado entre los cesaristas, le escribía: «¿Qué piensas de nuestros soldados? En lo más crudo del invierno han acabado la guerra paseándose.» Al contrario, iba a prolongarse y a extenderse.

Falto de barcos, César no había podido perseguir a su rival; mas para evitar una vuelta ofensiva de Pompeyo, dispuso que ocuparan sus tropas las plazas de Brindis, Siponto y Tarento, y después volvió a Roma, adonde no había estado hacía diez años, y donde todo había vuelto a su curso habitual: «los pretores dando audiencia, los ediles preparando sus juegos y la gente del buen partido aprovechando las circunstancias para colocar sus fondos a crecido interés (2).»

Cuando el vencedor entró en Roma el 1.º de abril (7 de febrero) encontró bastantes senadores para reconstituir un senado, que opuso al que Pompeyo hacía residir y funcionar en su campo. Dos tribunos, Marco Antonio y Casio, lo convocaron al Campo de Marte, adonde César acudió. Recordó que, según la ley, había esperado diez años para solicitar el segundo consulado y que había sido legalmente autorizado para pretender, ausente, esta magistratura. Expuso luego sus esfuerzos para evitar la guerra, sus ofrecimientos reiterados de licenciar sus tropas, si Pompeyo licenciaba las suyas: rogó a los senadores que le ayudaran en el gobierno de la república, a menos que prefirieran dejarle esta carga; finalmente pidió que se designara una embajada, que fuera a tratar de la paz con los pompeyanos (3).

(1) Catón era el encargado de defender la Sicilia, y Cicerón, que tenía mucho valor tratándose de los demás, le arguye por no haberse resistido... *potuisse certe tenere illam provinciam scio (ad Att. X, 12)*. Pero Curión llegaba con sus legiones y Catón no tenía un soldado: hizo bien en no oponerle algunas milicias provinciales, que no hubieran detenido a los cesaristas, y sí traido calamidades sobre la provincia.

(2) Cic. *ad Att. IX, 12*.

(3) *De Bello civ. I, 32*. Desde el paso del Rubicón hasta la batalla de Farsalia, pueden contarse hasta cinco tentativas de negociaciones de paz por parte de César (Ibid. I, 8, 24, 26, 32; III, 10, 19, 57). Así, tiene Vellejo Patérculo el derecho de decir: *Nihil relictum a Cesare quod servande pacis causa tentari posset; nihil receptum a Pompeianis*.

Esta última proposición era formal, pues César no perdía ocasión de renovarla; pero nadie quiso encargarse de esta misión: tan terribles eran las amenazas fulminadas por Pompeyo contra los que se habían mantenido en Roma. César no insistió: a la vez que daba grande impulso a la guerra, quería tener la ventaja de la moderación; por eso hablaba siempre de reconciliación y concordia, aunque sin persuadir a nadie, porque el instinto popular no se engañaba en esta ocasión: se sentía que la revolución era inevitable y que César iba a desempeñar el primer papel. Para mostrar que esta especie de reinado no olvidaba su origen, reunió al pueblo y le prometió una distribución de trigo y de dinero.

Pero el dinero le faltaba ya, y se hizo autorizar por su senado para tomar el tesoro depositado en el templo de Saturno: era el oro reservado para las necesidades extremas, y una ley prohibía tocar a él, a no ser en caso de una invasión gala. El tribuno L. Metelo se opuso a esta profanación. «Yo he vencido a la Galia, dijo César, y esa razón no existe ya. Fuera de esto, añadió con energía, el tiempo de las armas no es el de las leyes.» El tribuno, sin embargo, se plantó en la puerta para evitar que se forzara. César le amenazó de muerte. «Y has de saber, joven temerario, que me es más fácil hacerlo que decirlo.» César había tomado las armas, según había dicho, para defender, entre otras cosas, la inviolabilidad tribunicia, y a su vez él mismo la violaba. Cediendo a la violencia el tribuno, se retiró. No sabemos nada de la vida de este Metelo, sino este acto de valor, por el cual mereció que la historia conservara su nombre.

### III.—CÉSAR EN ESPAÑA.—SITIO DE MARSELLA (49).

Expulsado de Italia Pompeyo, el mayor peligro que amenazaba a César en aquel momento era una sublevación en la Galia, y allá corrió, después de haber confiado el gobierno de la ciudad a Lépido, hijo del cónsul rebelado el 78 contra el senado silano, el mando de todas las tropas que quedaban en Italia a Marco Antonio y el de la Iliria a su hermano Cayo Antonio. Este debía inquietar a los pompeyanos en la orilla oriental del Adriático, ó cerrarles el camino, si intentaban penetrar por allí en Italia, como se decía. «Voy, decía César, a combatir un ejército sin general; luego combatiré a un general sin ejército.» Estas palabras explican toda la guerra. Marsella, pompeyana de corazón, lo detuvo a su paso: hubiera querido permanecer neutral, pero acababa de recibir dentro de sus muros a Domicio, a quien César tratara tan generosamente en Corfinio, sin podersele atraer. Antes de romperse las hostilidades, fué Domicio investido por el senado del mando de la Galia transalpina, y desde Marsella, podía remover toda la provincia, donde su abuelo, con sus victorias y trabajos, había establecido la influencia de su casa. César se dió buena prisa a encerrarlo en la plaza que hizo atacar por tres legiones y una flota que Décimo Bruto hubo de construir en treinta días en el Ródano, en el puerto de Arles.

Durante estas operaciones, las tres legiones de Fabio desfilaban de Narbona hacia España para apoderarse de los pasos de los Pirineos; otras tres y seis mil caballos galos y germanos se disponían a sostenerlos. Los centuriones, los tribunos y los amigos de César le habían prestado el dinero necesario, que no quería él obtener por medio de las confiscaciones.

Terencio Varrón, el polígrafo, mandaba en la Ulterior: Petreyo, antiguo soldado, en la Lusitania, y Afranio en la Citerior: los dos últimos se reunieron, y con cinco legio-

nes acantonadas al Norte del Ebro, cerca de Ilerda (Lérida) hicieron frente a Fabio, cuando hubo pasado las montañas sin que nadie le disputara el paso. A su llegada, encontró César los dos ejércitos en actitud de embestirse; los suyos en una posición difícil entre el Segre y el Cinca, no podían aprovisionarse, sino sacando sus convoyes de los países situados a derecha é izquierda de estos dos ríos. César echó en ellos puentes; pero creciendo las aguas a causa de un súbito deshielo, se los llevaron muy luego, y él mismo se vió bloqueado y falto de recursos. El modio de trigo se vendía en el campamento a 50 denarios y mal mantenido el soldado perdía sus fuerzas.

La situación, pues, venía a ser grave, porque durante estos retardos, hubiera podido Pompeyo, a ser tan hábil general como se creía, repasar el Adriático con su poderosa flota, recobrar a Italia y Roma, donde sólo habían quedado fuerzas insuficientes, libertar a Marsella y envolver a César en-



C. Antonio legado de César—Yuba I, rey de Mauritania (1)

tre las legiones de Petreyo y las que él hubiera conducido. Mas para esto hubiera necesitado el golpe de vista amplio y seguro que tenía su adversario, su resolución y actividad, cualidades que le faltaban todas a él.

Al mismo tiempo, Curión con dos legiones había pasado de Sicilia al Africa, donde Varo mandaba por Pompeyo. Durante su tribunado, queriendo adquirir el honor y sin duda el provecho también de confiscar un reino, hubo de proponer el despojo de Yuba, rey de Numidia. El príncipe había conservado naturalmente un gran resentimiento que lo hizo pompeyano; puso en movimiento todas sus fuerzas, las incorporó a las de Varo, y Curión, derrotado a orillas del Bagradas, se suicidó. Los vencedores degollaron a los legionarios hechos prisioneros y con esto quedó deshecha aquella expedición.

Por otra parte Dolabela, a quien César había encargado construirle una flota en el Adriático, fué también batido por Octavio y Escribonio Libo; finalmente C. Antonio, en la Iliria, caía en manos de los senatoriales.

Cuando se supieron en Roma estas desgracias de los tenientes y la triste situación del jefe, cuyos peligros exageraban aun las cartas de Afranio, se creyó su causa perdida. Muchos senadores, hasta entonces neutrales, se dieron prisa a pasar a Dirraquio, y es triste haber de contar entre ellos a Cicerón, que hasta ahora había permanecido en Italia. Pocos meses antes, esta decisión hubiera parecido abnegación por la causa republicana; ahora pudiera dársele un nombre más severo. Hay que decir, sin embargo, en su defensa que el orador latino se había lisonjeado con la idea de hacer el papel de mediador entre los dos rivales; pero después de la visita que César le había hecho a su vuelta de Brindis, había comprendido que sólo se quería su nombre al pie de los decretos que se iban a librar, y este desconocimiento de su importancia política, esta especie de menosprecio le había llegado a lo vivo. Desde entonces, a pesar de las cartas de César y de los consejos de Atico, que también quedó en Roma, pensaba en huir furtivamen-

(1) Yuba I. De una moneda de oro de este príncipe (Visconti, *Iconog. griega*, t. III, p. 55).

te al campo de Pompeyo, diciendo al mismo tiempo: «¡Ah! veo cuál será el mejor partido.» Quería hablar de una neutralidad que hubiera salvado su vida y su hacienda.

No condenemos su flaqueza, sino su exceso de previsión, porque si amaba con sincero amor aquella república que en méritos de su elocuencia lo había levantado a los honores, sabía también que, cualquiera que fuese el vencedor, quedaría él en el campo de batalla. De aquí los desaliectos, las incertidumbres, la aparente versatilidad que se veía en él y que debe condenarse, sin embargo, porque este ejemplo en un gran hombre pudo acaso legitimar la indiferencia y la cobardía ó prestar sofismas a la traición.

Al fin olvidó su prudencia y la burla que había hecho de la ley de Solón contra los ciudadanos neutrales entre las facciones; por desgracia, cometió este olvido en un momento en que pasándose a Pompeyo, iba a él, no porque el partido senatorial fuera el más justo, sino por ser el más fuerte. Era la regla de conducta que Celio venía aconsejando hacía mucho tiempo. «Mientras la cuestión se reduce a palabras, le había escrito, estaré con los hombres de bien; pero si se viene a las manos, me pondré de parte de quien dé golpes más recios.» Pero éste se había ido con César, y el otro fué, como Anfiarao, a arrojarle vivo a la sima.

Sin embargo, los acontecimientos habían tomado en España un giro inesperado. Con maderas de poco peso, mimbres y cuero había hecho César construir unos barcos que se podían llevar a todas partes, y los llevó a orillas del Segre lejos de los exploradores enemigos; allí se fortificó rápidamente en la otra orilla y pudo entonces construir tran-



Marsella personificada (2)

quilamente un puente, por donde llegaron sus convoyes. Después, imponiendo a sus soldados trabajos gigantescos,

(2) El estilo de esta bella cabeza de mármol, encontrada en territorio de los volcos arecómicos y conservada en Nimes, parece fijar su trabajo en la época en que Pompeyo dió a los masalios el país de los arecómicos, dominación efímera a que César puso fin (*Gaz. arch.* 1875, p. 129).